

Jean Baudrillard: discursividad moderna y posmoderna

Jean Baudrillard: modern and postmodern discursivity
Jean Baudrillard: discurso moderno e pós-moderno

Luis Alberto Lopez Soto *
Universidad de Sonora, México

Resumen

En el presente artículo se analizan algunos planteamientos del sociólogo y filósofo francés Jean Baudrillard. Tal autor francés resume, critica e interpreta a tres autores fundamentales de la modernidad: Ferdinand de Saussure, Karl Marx y Sigmund Freud. El objetivo de este ensayo es analizar la interpretación de Baudrillard acerca de estos autores para proponer la idea de que tal interpretación desemboca en lo que ha tendido a llamarse posmodernidad. La perspectiva analítica aquí planteada es una perspectiva semiótica y se basa en la noción de discursividad formulada por Michel Foucault la cual resulta pertinente para explicar cómo, a la luz del pensamiento de Baudrillard, Saussure, Marx y Freud representan figuras de *fundadores de discursividad*.

Palabras clave: signo, posestructuralismo, semiología, marxismo, psicoanálisis

Abstract

The present article some ideas of the French sociologist and philosopher Jean Baudrillard are analyzed. This French author summarizes, criticize and interprets three fundamental authors of modernity: Ferdinand de Saussure, Karl Marx and Sigmund Freud. The objective of this article is analyze the Baudrillard's interpretation about those authors to suggest the notion that Baudrillard result in what it has been called postmodernity. The analytical perspective presented here is a semiotic perspective and it is based on the notion of discursiveness formulated by Michel Foucault which is pertinent to explain how, in the light of Baudrillard, Saussure, Marx and Freud's thinking represent figures of *initiators of discursive practices*.

Keywords: sign, poststructuralism, semiology, marxism, psychoanalysis

Resumo

Este artigo analisa algumas abordagens do sociólogo e filósofo francês Jean Baudrillard. Este autor francês sintetiza, critica e interpreta três autores fundamentais da modernidade: Ferdinand de Saussure, Karl Marx e Sigmund Freud. O objetivo deste ensaio é analisar a interpretação de Baudrillard desses autores para propor a ideia de que tal interpretação conduz ao que se convencionou chamar de pós-modernidade (resultar no que tem sido chamado de pós-modernidade/ propor a ideia de que tal interpretação leva ao que se costuma chamar pós-modernidade). A perspectiva analítica aqui proposta é uma perspectiva semiótica e se baseia na noção de discursividade formulada por Michel Foucault, que é pertinente para explicar como, à luz do pensamento de Baudrillard, Saussure, Marx e Freud representam figuras de fundadores da discursividade.

Palavras chave: signo/sinal, pós-estruturalismo, semiologia, marxismo, psicanálise

DOI: 10.5281/zenodo.6983986

*Contacto:luis.lopezsoto@unison.mx Doctor en Humanidades y profesor-investigador del Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Investigadores de CONACYT.

1. INTRODUCCIÓN

La tesis que se plantea en este trabajo es que la crisis posmoderna o discursividad posmoderna representa, en el caso del sociólogo y filósofo francés Jean Baudrillard, una revisión profunda de conceptos y nociones de tres autores fundamentalmente modernos: Ferdinand de Saussure, Karl Marx y Sigmund Freud, cuyo orden de apartados responde a la preponderancia de tales autores en la obra del sociólogo francés. En tanto que investigación, este trabajo busca articular las lecturas que de estos autores realiza Jean Baudrillard, pero no a partir de una mera reseña arbitraria de distintos aspectos, sino a partir de ciertas nociones específicas fundamentalmente halladas en la obra *Crítica de la economía política del signo* de 1972 y que se formulan en los distintos apartados que a continuación se presentan:

En el primer apartado (“Posmodernidad y fundadores de discursividad”) se trae a colación el concepto de posmodernidad acuñado por Francis Lyotard y la noción de fundador de discursividad de Michel Foucault para así explicar el uso crítico que hace Jean Baudrillard de Saussure, Marx y Freud.

En el segundo apartado (“Ferdinand de Saussure: el signo lingüístico”) se expone de manera general el principal aporte de la obra del lingüista suizo Ferdinand de Saussure para, en el tercer apartado (“Respuesta de Baudrillard a Saussure: la motivación del signo lingüístico”), exponer la respuesta que Baudrillard hace acerca de aquel.

Asimismo, en el cuarto apartado (“Karl Marx: valor de uso y ‘valor’”) se expone de manera general uno de los temas tratados por Marx. Así, en el quinto apartado (“Respuesta de Baudrillard: el valor/signo”) analizar el respectivo cuestionamiento que realiza Baudrillard.

En el sexto apartado (“Freud: el consciente y el inconsciente”) se expone de manera general el principal aporte de la obra del psicoanalista Sigmund Freud para, en el séptimo apartado (“Respuesta de Baudrillard a Freud: el ‘inconsciente’ social”), exponer y analizar el uso crítico que hace Baudrillard de aquel.

2. POSMODERNIDAD Y FUNDADORES DE DISCURSIVIDAD

Por una parte, según el filósofo francés Francis Lyotard y autor de *La condición postmoderna*, esta es un nuevo paradigma que consiste en “el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX.” (1984 4). Y, además, un “pensar sin moldes ni criterios” (Lyotard 1985). Con base en esta definición y por oposición, la modernidad podría entenderse como un sistema de racionalidad disciplinar con moldes y criterios bien establecidos.

Por otra parte, en su famosa conferencia “¿Qué es un autor?, Foucault afirma: “hay que interpretar a Saussure contra Saussure y a Freud contra Freud” (1983 6). En el contexto inmediato de dicha conferencia, tal afirmación se relaciona con el concepto de *fundadores de discursividad*, el cual implica una función más allá de la mera autoría o de una serie de ideas:

Produjeron algo más: la posibilidad y la regla de formación de otros textos. (...) Freud no es simplemente el autor de la *Traumdeutung* o de *El chiste*; Marx no es simplemente el autor del *Manifiesto* o de *El capital*: establecieron una posibilidad indefinida de discurso. (...) Quiero decir que no solo hicieron posible un cierto número de analogías, sino que hicieron posible, también, un cierto número de diferencias. Abrieron el espacio para algo distinto a ellos y que sin embargo pertenecen a lo que fundaron. Decir que Freud fundó el psicoanálisis no quiere decir (no quiere decir simplemente) que el concepto de libido, o la técnica de análisis de los sueños vuelven a encontrarse en Abraham o en Melanie Klein; quiere decir que Freud hizo posible un

cierto número de diferencias respecto a sus textos, a sus conceptos, a sus hipótesis que dependen todas del propio discurso psicoanalítico. (...) Si Cuvier es el fundador de la biología, o Saussure el de la lingüística, no es porque los imitaron, no es porque se retomó, aquí o allá, el concepto de organismo o de signo, es porque Cuvier hizo posible en cierta medida la teoría de la evolución opuesta, término por término, a su propio fijismo; es en la medida en que Saussure hizo posible una gramática generativa muy diferente de sus análisis estructurales. (Foucault 1983 67-68).

A partir de estas dos definiciones (posmodernidad y fundador de discursividad), puede plantearse la asociación entre tales, con el fin de entender que tanto modernidad como posmodernidad se establecen a partir de un discurso. Un fundador de discursividad moderna como los citados por Foucault son aquellos, pues, que posibilitan contravenir los propios saberes de dichos autores. A partir de esta premisa, la de Baudrillard es, como se verá, una visión que intenta sintetizar el aporte de dichos autores de una manera tan asimilada que estos discursos fundantes puedan ser radicalizados, o fuertemente cuestionados. Ese sería el uso que hace Baudrillard de estos fundadores de discursividad moderna, es decir, de tres autores fundamentales en el paradigma entendido como modernidad desde el punto de vista sociológico y epistemológico. Esta es, pues, la lectura que se describirá y analizará a lo largo de este ensayo.

Jean Baudrillard (1929-2007) fue un sociólogo y filósofo francés ubicado generacional y conceptualmente en la escuela del pensamiento posestructuralista francés, el cual está enmarcado a su vez en el marco del fenómeno occidental denominado como posmodernidad. El posestructuralismo francés es, según la historia de las ideas, una corriente de pensamiento que incidió en ciertas exploraciones epistemológicas y ontológicas radicadas en el lenguaje, es decir, en la problemática de la representación. Por una parte, dicha corriente buscó desmontar el carácter metafísico de los supuestos “universales” a partir de la herencia grecolatina, judeocristiana y del proyecto racionalista dieciochesco, y configurado de algún modo en nociones como sujeto, razón, verdad, etcétera. Por otra parte, esta corriente supuso, además, una crisis del humanismo clásico y un cierto desasimio del compromiso ético-político, pues parecería desmontar toda fundamentación filosófica esencial para un cambio dirigido y racional en el orden social, en aras del relativismo o nihilismo.

En este contexto de autores, la obra de Baudrillard puede entenderse como muestra representativa de este marco de análisis y cuestionamientos de orden filosófico, es decir, el marco estructural epistémico que supuso el posestructuralismo francés. En más de una veintena de libros, Jean Baudrillard difumina la relativamente clara distinción entre filosofía y sociología: la diversidad temática, aunada a la complejidad y singularidad de su perspectiva, configuran un nuevo entendimiento de las relaciones sujeto-objeto, implicando así un trastocamiento de las categorías disciplinarias de la sociología y la filosofía. Esto es, pues las dinámicas de la modernidad.

3. FERDINAND DE SAUSSURE: EL SIGNO LINGÜÍSTICO

Recogida parcialmente por sus estudiantes en *Curso de lingüística general* (1916), la obra de Ferdinand de Saussure se halla relacionada con la noción de signo y de estructura subyacentes en la teoría del lenguaje como un sistema. Es un tipo de aportación cuyas bases teórico-conceptuales inciden en el dominio de la facticidad, en el orden *sincrónico* estático, preciso. Y estas bases suponen también un alejamiento de los planteamientos lingüísticos historicistas, filológicos, es decir, *diacrónicos*. Al entender la lengua como un sistema de signos, o sea, como una estructura dada, Saussure relega el carácter dinámico, de cambio, a una serie de categorías extralingüísticas.

En el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, la noción preponderante es la de signo lingüístico. El signo lingüístico (significante/significado) es una suerte de *asociación* (association). Para Saussure el carácter de la lengua, o bien, de la relación entre las partes del

signo lingüístico es de naturaleza arbitraria y, por ende, no responde a algún tipo de naturalidad o motivación intrínseca. Una mesa se llama m-e-s-a de modo arbitrario y en ningún modo por que el signo m-e-s-a implique de antemano el concepto del objeto mesa. El signo lingüístico conlleva un orden preciso y estático (denominado *sincrónico*) que intenta cristalizar las relaciones entre significante (aspecto acústico, material) y significado (sentido, concepto, imagen mental).

Debe anotarse que la arbitrariedad saussuriana y su respectiva dualidad tienen, en el marco general de la historia de la filosofía, un origen histórico: el diálogo *Crátilo* de Platón, donde Sócrates debate con aquel y Hermógenes acerca de los nombres. Para Crátilo, hay una relación *natural* entre estos y las cosas, es decir, una motivación; para Hermógenes no hay sino una mera *convención*, una inmotivación. Así, entre la teoría naturalista y la teoría convencionalista, toda una aporía sin miras a resolverse, Sócrates descarta las dos y el debate siguió abierto.

A partir de este debate emblemático en apariencia de índole meramente lingüístico, y con base en algunas lecturas más amplias y novedosas sobre el *Crátilo* (Bravo 1983 67; Calvo 1983 8), cabe asociar esta problemática también a una indagación epistemológica que, en el caso de Baudrillard, tiene una repercusión sociológica. De este corte histórico puede deducirse una perspectiva en la que la asociación entre los nombres y las cosas, “el espíritu y el mundo”, refleja la construcción filosófica de una escisión fundamental.

4. RESPUESTA DE BAUDRILLARD A SAUSSURE: LA MOTIVACIÓN DEL SIGNO LINGÜÍSTICO

Por su parte, el pensamiento de Baudrillard postula que el significante está motivado por el significado y viceversa. La motivación sería, pues

La única relación pensable, el único concepto bajo el cual puede ser pensada la articulación de lo fenoménico (psicológico) y del signo (. . .) Concepto *vacío* y *mágico*, pero no podría ser de otro modo desde el momento en que nos hemos dado a esta representación metafísica del referente, esta separación abstracta entre el signo y el mundo; es preciso una pasarela mágica para reunirlos y, como por casualidad, es aquella misma por la cual la economía política trata de unir al sujeto con el objeto dados también como separados: la necesidad. Necesidad, motivación, no salimos de ahí” (Baudrillard 1974 180).

Cuando Baudrillard llama “Concepto mágico y vacío” a la motivación, trasluce dos aspectos neurálgicos que sirven de cruce entre los paradigmas: por una parte, en lo *mágico* hay ecos de una visión premoderna, cuasianimista, que no percibe sino una relación unívoca entre el significante y significado (los nombres y las cosas), una relación de sustancias, voces y sentidos prístinos, transparentados, en lo fenoménico, en fin, la suerte de una palabra unitaria; por otra parte, en lo *vacío* hay ecos de ese nihilismo clásico, articulado no solo de una “nada metafísica” sino de una noción crítica de la “economía política”, es decir, las condiciones materiales, mercantiles, sociales y políticas, construyendo así un nihilismo posmoderno y actual.

Al observar el desarrollo de este pensamiento lingüístico y epistemológico que va desde *Crátilo* hasta Baudrillard, pasando por Saussure, puede observarse una paradoja: a mayor grado de crítica y cuestionamiento, mayor asimilación de la irresolubilidad del problema planteado originalmente en el diálogo de *Crátilo*. El “problema irresoluble” termina, sin embargo, por decantarse en su vertiente más insospechada y aparentemente superada: la motivación entre significante/significado. Del nihilismo clásico (como puede observarse, por ejemplo, en Gorgias) al nihilismo actual hay un patrón, una vuelta, una reincidencia que es sintomática, en el caso de Jean Baudrillard, de un estado que pone en evidencia la crisis auspiciada por la crítica misma y por el análisis de las nuevas condiciones de saber.

Ahora bien, si entendemos la producción intelectual de Baudrillard como un elemento constitutivo del posestructuralismo francés, tenemos que hay en dicho autor un estudio (descripción y crítica) de los mecanismos de producción y consumo en el desarrollo de la civilización occidental a partir de la noción de signo tomada de la noción de saussuriana, es decir, como un lenguaje que parte de la dualidad significante/significado en el ámbito de lo social. Abocada a las sociedades llamadas industriales y posindustriales, la teoría baudrillardiana del signo entiende este como un mecanismo de regulación en el marco generalizado de la estructura social. De este modo, asistimos a cierta configuración de estudio que privilegia al signo y a la estructura, así como al replanteamiento o deconstrucción de tales nociones.

Ante esto, la respuesta posestructuralista francesa de Baudrillard supone una revisión y un replanteamiento del binarismo abstracto saussuriano para reelaborarlo con base en la dinámica económica y social, concretamente en la lógica que dirige la dinámica de la producción y el consumo mercantil y la organización social. La realidad no es, pues, un lenguaje, sino que la realidad social –y con ella todo el influjo de clases y de estratos– está construida al modo de un lenguaje, un sistema de signos susceptible de ser decodificado. Esto es, la realidad se configura a partir de la idea de una serie de signos como una abstracción que comporta, sin embargo, una modalidad concreta, un microcosmos. Tal perspectiva es la planteada en *El sistema de los objetos* (1968), en donde la relación *lengua-habla* aparece en el razonamiento de Baudrillard como la realización de un objeto (signo, fonemas, etcétera) en un ordenamiento generalizado, una sintaxis.

En Saussure, el *habla* es la realización concreta de la lengua; en Baudrillard, la colocación del objeto en la sociedad burguesa (un florero, una pintura, un espejo, etcétera) revela una función no simple –un objeto no es nada más su función, su “utilidad”– sino compleja en la medida de que atiende a una estructura socializante, de comunicación, de adaptación, por una parte, y por otra, parece conjuntar una forma de la inmanencia, de significación implícita, la virtualidad de una tecnología “independiente” a la acción y voluntad humanas. En otros términos, la analogía establecida por Baudrillard para “aplicar” a Saussure en el ámbito del consumo de objetos, se genera a partir de conceptualizar los objetos como signos que, como tales, comunican, en tanto que enmarcados en una lógica, en una “gramática”, son una tecnología que, aunque sea vivida como *concreta* (habla), es en realidad *abstracta* (lengua).

De este modo, estamos ante una visión que presupone un orden sintáctico, una disposición objetual dada aunque fluctuante cuyo análisis desentrañaría la lógica a partir del cual cierta clase social se constituye como tal. El uso que Baudrillard hace de Saussure representa, en la corriente posestructuralista francesa, el corolario de la fusión de dos ámbitos disciplinarios (lingüística y sociología) para constituir un nuevo entendimiento de las relaciones simbólicas en el marco de la estructura organizativa de las sociedades modernas urbanas e industrializadas.

En una especie *sui generis* de articulación semiótica que usa y redefine los principios de Ferdinand de Saussure, el análisis y la crítica que Baudrillard emprende, sobre todo en su primera etapa de su obra, plantea también la analogía del aspecto signico en un ámbito distinto como es el de la economía (valor de cambio/valor de uso cuya reformulación veremos en el siguiente apartado), con lo que la noción de signo adquiere una conceptualización más amplia.

Esta crítica, devastadora en tanto que ataca la posibilidad de asir un principio de orden conceptual en la dimensión semiológica y, por ende comunicativa, resulta un elemento constitutivo del posestructuralismo. Es decir, esta crítica parece implicar que el sentido como tal es meramente una ilusión. Y este sentido ha tendido a asociarse unívocamente a la relación entre significante y significado como componentes equivalentes del signo lingüístico. Puede observarse con esto cómo es que Baudrillard intenta superar esta dualidad y asociación en significante y significado, redefiniendo el carácter arbitrario más allá de la inmotivación que se le atribuye, de modo que la arbitrariedad estaría dada más por un carácter autoritario que por un carácter de inmotivación lógica. Esto es lo que llama Baudrillard “sistema de control del sentido” (Baudrillard 1974: 175). Y en este aspecto se funda la denominada *crítica de la economía política del signo* y, en tanto que tal, una estructura dada que Ferdinand de Saussure se propuso describir y cristalizar, resaltando el hecho de que el intercambio entre significante y significado funda la perspectiva de la significación

y la comunicación. El intercambio, es decir, la *equivalencia* resultaría, así, el elemento *sine qua non* de toda racionalidad y de toda función empírica que otorgaría al *sentido* su base, su inteligibilidad, el método por excelencia que posibilita la función de todo signo, en este caso, el signo lingüístico.

Así pues, el análisis de Baudrillard se aboca a señalar cómo la concatenación (significante/significado) evoca ineludiblemente una cristalización dual: el significante conlleva al significado y viceversa. De un modo radical, esa cristalización establece, en realidad, una relación motivada entre significante y significado, lo cual implica una visión mágica o premoderna del lenguaje. Solo así es pensable la comunicación y la significación en la economía lingüística. O más bien, solo así es posible que surja un *valor*, el valor que es producto inherente de una sociedad ya enmarcada en una lógica dual. Fundiendo economía y lingüística, Baudrillard acuña la noción de valor/signo, la cual es la propuesta de buena parte de la primera parte de su obra que halla su punto culminante de la publicación de *El intercambio simbólico y la muerte* de 1976.

5. KARL MARX: VALOR DE USO Y “VALOR”

La obra de Karl Marx es tanto una reelaboración de la teoría económica como una crítica que sitúa la problemática del valor y su visión económica en la dimensión histórico-social, es decir, el “trabajo abstractamente humano”. En su obra máxima, *El Capital*, se lee:

Si bien al comienzo de este capítulo dijimos, recurriendo a la terminología en boga, que la mercancía es valor de uso y valor de cambio, esto, hablando con precisión, era falso. La mercancía es valor de uso u objeto para el uso y “valor” (Marx 1975 74).

Tal replanteamiento de la noción de valor, opuesta a la de los autores de la economía clásica (Adam Smith, David Ricardo) implica una reivindicación del valor, en tanto que tal, y un énfasis de la fuerza de trabajo en la producción de mercancías que, sin embargo, aparece difuminado y abstracto. En este sentido, la noción de valor de uso y valor de cambio es tributaria de un pensamiento dual capitalista; y la visión de Marx es una concepción en la que el valor resultaría, por decirlo de algún modo, de la naturaleza de los objetos y el trabajo.

6. LA RESPUESTA DE BAUDRILLARD: EL VALOR/SIGNO

En cuanto a la noción de “valor de uso y ‘valor’”, la respuesta de Baudrillard es la siguiente:

El status del valor de uso en Marx es *ambiguo*. Sabemos que la mercancía es *a la vez* valor de cambio y valor de uso. Pero este último es concreto y particular, según su destino propio, ya sea en el proceso de consumo individual o en el proceso de trabajo (en este caso, el tocino vale como tocino, y el algodón como algodón; no pueden sustituir el uno al otro, ni por lo tanto “intercambiarse”), en tanto que el valor de cambio es abstracto y general” (Baudrillard 148 1974).

El valor de uso, la utilidad misma de igual modo que la equivalencia abstracta de las mercancías, es una *relación social* fetichizada –una abstracción, la del sistema de necesidades, que adopta la evidencia falsa de un destino concreto, de una finalidad propia de los bienes y los productos–, de la misma manera que la abstracción del trabajo social que funda la lógica de la equivalencia (el valor de cambio) se oculta bajo la ilusión del valor ‘infuso’ de las mercancías.” (Baudrillard 149 1974).

Como se puede observar, estas categorías formales de Marx leídas radicalmente por Baudrillard intentan explicar cómo la lógica de la producción y el consumo como ideología y como práctica viene y se erige como una instancia determinante a un nivel general. En otros términos, según Baudrillard, el valor no puede ser simplemente concreto, prístino, espontáneo y resultado de una necesidad humana.

Con base en esta respuesta de Baudrillard, al igual que Ferdinand de Saussure, Karl Marx se puede entender como un *fundador de discursividad*, es decir, un autor susceptible de ser leído y problematizado de una forma más allá de sí mismo, de ser referido en lo que se denominaría *discurso marxista* y, paradójicamente, afirmar tesis que, de un modo radical, contravienen lo que el mismo Marx plantea. Podría decirse que son, pues, efectos del mismo discurso que fueron, a su vez, condiciones de posibilidad para establecer diferencias y generar analogías que logran, a la postre, subvertir el origen mismo de su configuración autoral. Son acaso como una especie de síntesis hegeliana, una dialéctica basada en la crítica diferenciadora.

En lo que se refiere a aspectos teóricos fundamentales como su teoría del valor y su visión antropológica, la obra de Marx está, a todas luces, presente en la de Jean Baudrillard, aunque de una forma revisada. El *efecto Marx* tiene en Baudrillard un sentido ya filtrado por el pensamiento posestructuralista francés, es decir, una lectura articulada con una teorización sobre el lenguaje bajo la noción de estructura que se transfigura en una *economía política*. O viceversa, es una economía política cuyas bases se rigen bajo la lógica sistémica de una estructura lingüística. Es en su obra *Crítica de la economía política del signo* donde Baudrillard problematiza las cuestiones de valor de cambio y de valor de uso, así como ciertos planteamientos asociados a la noción de *ideología y fetichismo de la mercancía*. Desde el título mismo se permite vislumbrar la génesis directa del clásico *Contribución a la crítica de la economía política* (1859). Con propósitos más bien deconstructivos, el uso baudrillardiano del marxismo y del materialismo histórico (fuertemente cuestionados en *El espejo de la producción* de 1973) supone la tentativa de asumir un discurso y una teoría crítica del orden social y de la dinámica capitalista. Sin embargo, las implicaciones de la crítica de Baudrillard parecen ser devastadoras para el propio marxismo, pues este no logra realmente distinguirse, según el enfoque de Baudrillard, de la visión burguesa y de la ideología dominante que dice combatir, sobre todo en lo que se refiere al humanismo.

Como se ha visto, la revisión de Marx que Baudrillard realiza pretende superar la antropología que subyace en el concepto de *valor de uso*, pues este, según Baudrillard, no es sino subsidiario directo o una mera emanación del valor de cambio. La ley estructural del valor de cambio, el intercambio generalizado de la mercancía, la producción y el consumo, tendrían, según Baudrillard, el efecto de una ilusión del valor de uso, un substrato “natural”. Es decir, para el sociólogo francés, resulta falsa la hipótesis, supuestamente empírica, de un valor de uso de los objetos. En otros términos, descrea de esa antropología que otorga a los objetos un estatus pragmático y de funcionalidad concreta.

En *Crítica de la economía política del signo*, Baudrillard postula que no es sino el valor de cambio el que aparenta en el nivel concreto lo que, en realidad, es abstracto. Dicho de otro modo, la utilidad de los objetos no resulta sino de la ideología capitalista, específicamente de la lógica del consumo. No hay, pues, “necesidades” en espera de ser satisfechas, sino una articulación de mecanismos de adaptación tanto economicistas como de *diferenciación social*. Es lo que Baudrillard denomina como “función-signo y lógica de clase” (Baudrillard 1974 1), la cual es la denominación para explicar la lógica que atraviesa todas las esferas de la vida social moderna en las sociedades posindustriales. Con esto se postula cierto escepticismo y cuestionamiento de la famosa consigna de Marx “a cada cual según sus necesidades” hallada en *Crítica del programa de Gotha*. Las necesidades, según Baudrillard, se producen como cierto efecto constitutivo de un sistema que se refiere a sí mismo, que se duplica, que perpetúa su dominio, su tautología de leyes y conducta, implantando un fetichismo sistémico, ya naturalizado y por lo tanto irreductible, incluso en los aspectos que la visión marxista consideraría “esenciales” y “humanos”.

El resultado de esta crítica es la síntesis que elabora Baudrillard, quien acuña en su primera etapa de su obra la noción de *valor/signo* como un modelo de análisis e hipótesis que explicaría

la matriz orgánica en torno a las relaciones de producción y de consumo. El valor/signo es el proceso de diferenciación, de estatus, prestigio y demás efectos propios de una sociedad de clases cuyo entorno y relaciones se rigen por un sistema y un *habla* (para recordar a Saussure, traído a colación en el primer apartado) que conjuga –para acudir a los términos de Marx– tanto la base infraestructural (económica, de fuerza de producción) y la superestructura (la moral, el arte, toda la producción cultural y simbólica).

El valor/signo intenta explicar y describir la función adaptativa que constituye el entorno más allá de los “mensajes”, los “significados” y las “ideas” (el contenido) que los sujetos otorgan a este. Hay en esto una preponderancia del signo (es decir, de la forma) en detrimento de la visión económica de Marx como contenido histórico. La noción de valor/signo se propone como clave del código general que da cohesión a la estructura social, sobre todo en ámbitos como el del arte, el de la comunicación masiva y, sobre todo, el del diseño industrial. En suma, todo aquello vinculado, en un sentido amplio, a lo ideológico.

La cuestión (tan socorrida en el ámbito marxista) de la “falsa conciencia”, la “alienación” del trabajador en el sistema capitalista, parece verse implicada en la concepción de que, bajo todo el marco e influjo material, habría una conciencia libre, plena, un *más allá* esencial. Desde el posestructuralismo baudrillardiano, ataviado con una serie de cuestionamientos de la dualidad (ideología vs. verdad o conocimiento, en este caso), no es posible afirmar que el sujeto no es más que la instancia sobre la cual se deposite cierto influjo represor o alienante. Asimismo, se hace imposible afirmar la distinción entre base económica y superestructura, como lo hace Marx, es decir, entre la materialidad concreta y el aspecto mental, cultural, simbólico. El resultado de esto es una visión antidualista que descrea de una esencia a partir del cual se pueda plantear el tema del conocimiento como oposición a lo ideológico.

Por lo tanto, verdad o conocimiento e ideología no estarían, en modo alguno, separadas, sino que serían producto total de una misma lógica. No habría así un valor de uso de la verdad o conocimiento o de la ideología, sino que estos elementos emanarían de la “ley estructural del valor de cambio” (´Baudrillard, 1974 13). Y esta ley tiene en el valor/signo su forma más articulada y compleja, pues el valor/signo (constituido por una lógica de la producción y, sobre todo, del consumo en una etapa más avanzada de un capitalismo más disperso y polimorfo) logra resolver, material y discursivamente, una virtualidad en tal o cual objeto, un bien o un servicio, cuyo consumo está de antemano programada por el sistema mismo. Esta lógica supone una cierta cristalización de los signos, a fin de que estos sean, bajo el dominio total del sistema de consumo, inagotables.

En el siglo XX, el sistema capitalista se funda en una total fetichización, no como práctica alienante o evasiva, como en Marx, sino como estructura inmanente, es decir, como el modo en que se hacen inteligibles las relaciones sociales. La denuncia marxista del “fetichismo de la mercancía” supone una parte no alineada, una cierta conciencia libre frente a las condiciones dadas, lo cual es contradictorio o paradójico con la famosa frase de Marx tomada del prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política*: “El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. *No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia.*” (Marx, 1989 8) Es esta, pues, una contradicción inherente al marxismo en tanto que proyecto liberador y humanista que aspira a armonizar la teoría y la práctica, lo real y lo ideal.

Como ideología ya naturalizada, el fetichismo de la mercancía es la lógica social que atraviesa todos los ámbitos. No es más un enmascaramiento de un sujeto supuestamente libre, sino la condición de posibilidad que *determina* la conciencia misma como gestión abierta a la verdad del trabajo productivo, o bien a la lógica del consumo como fundamento mismo del capitalismo avanzado. Si el obrero vende su fuerza de trabajo como mercancía, esta –a decir de Baudrillard– figura ya de antemano fetichizada (Baudrillard, 1974: 95). Así, por ejemplo, si el obrero se organiza en sindicatos contra el capital, obtiene logros y modifica sus condiciones de vida, no hace sino *capitalizar* su puesto de trabajo a partir de las *prestaciones sociales*, a fin de obtener mejores dividendos, convirtiéndose en sujeto de consumo y reproduciendo, de modo dialéctico,

un esquema ideológico. Su posición de clase como obrero ha tenido que pasar por la “falsa conciencia”, la “alienación”, a una posición como sujeto, por decirlo de algún modo, “cómplice” del sistema, o más bien, como parte constitutiva de una conciencia producto de las condiciones de vida. No es, pues, que el obrero haya “interiorizado” esas fuerzas exteriores, sino que son ellas mismas las que lo conformaron en una dinámica irreductible, es decir, histórica, que es, según el mismo Marx, la única posibilidad científica.

De este modo, a grandes rasgos, la relación entre Marx y Baudrillard se puede entender planteando que la *economía política del signo* de Baudrillard sería la continuación de la economía política de Marx por otros medios. En Marx tenemos forma/mercancía; en Baudrillard tenemos forma/signo. Esto es posible gracias a un principio de equivalencia o analogía que, como en Saussure, funcionaría como base epistemológica. La dualidad valor de cambio/valor de uso tiene su analogía en la dualidad signifiante/significado. El valor de cambio es al signifiante lo que el valor de uso al significado. Así, Baudrillard articula a Saussure y a Marx.

La síntesis dialéctica de estas asociaciones sería, como se ha afirmado, el valor/signo. Esta propuesta conceptual de Baudrillard describiría la reificación de los procesos de significación a partir del cual los sujetos son construidos por el marco general de una ideología (la fetichización de la mercancía) que logra la consolidación del valor de cambio enmascarado en el valor uso, el cual

llega a ser inaprensible, no tanto como valor original perdido, sino precisamente como *función derivada del valor de cambio*. Es el valor de cambio el que induce en adelante el valor de uso (necesidades y satisfacciones), como formando (ideológicamente) sistema con él dentro de la economía política (Baudrillard 1974 95).

Al volverse inaprehensible, el valor de uso se halla ensombrecido por la lógica del consumo. Si no hay “necesidades naturales” qué satisfacer, el consumo (a partir de la ley estructural del valor de cambio y ya no una mera ley mercantil de valor) ordena los elementos mismos de la producción, es decir, de la transformación de la materia a través del trabajo, pero, en este caso, a partir de una configuración de signos (“semiurgia”), una instancia de segundo orden, que conlleva, no obstante, efectos equivalentes, es decir, “reales”.

Estos elementos son de segundo orden (el signo), pero se presentan como de primer orden (el fenómeno). He ahí una reversión en el orden de lo filosófico (epistemológico) y lo sociológico donde el signo precede a su referente. No estamos, pues, ante la producción y el consumo, sino ante los signos de la producción y del consumo, toda vez que, a decir de Baudrillard, el capital no se basa ya en la producción, sino en la *reproducción*, es decir, en la replicación de un modelo, de un estilo de vida, en suma, de una serie de signos. Es, pues, el valor/signo de la producción y del consumo el que ha configurado el desarrollo del capitalismo. Esta concepción se ha traducido en el hecho de que se el crítico Arthur Croker acuse a Baudrillard de “fetichista del signo” (Croker, 2001), toda vez que aquel hace una “reducción semiológica”, o sea, una sumisión del fenómeno (el referente) al signo, y no a la inversa como hace el pensamiento moderno convencional.

IV. Sigmund: el consciente y el inconsciente

El contexto disciplinar en el que nace la teoría psicoanalítica de Freud está conformada por “una psicología filosófica tradicional; el estructuralismo de Wundt; el funcionalismo, tanto europeo como americano; o la tendencia oficial alemana a interpretar fisiológicamente la patología de la mente”. (Polaino-Lorente 1994 43-44) Como dato imprescindible, debe decirse que, en la generalidad, ninguna de estas teorías se aboca a los aspectos relacionados con lo inconsciente, o lo irracional, sino a lo consciente y lo racional. El sujeto analizado por estas corrientes es, en sentido estricto, el sujeto cognoscente –tanto empírico como cartesiano, tanto funcional como fisiológico. En la mirada freudiana, sin embargo, el sujeto es más complejo; es una instancia ambivalente e incompleta. El psicoanálisis freudiano es, pues, la primera tentativa moderna por encarar racionalmente las pulsiones instintivas que, como tales, no quedan relegadas sino que se

hacen presentes aun el marco de la racionalidad y de las instituciones. Tal es el modo en que Freud plantea su propuesta:

Ser consciente es, en primer lugar, una expresión puramente descriptiva, que invoca la percepción más inmediata y segura. En segundo lugar, la experiencia muestra que un elemento psíquico, por ejemplo, una representación, no suele ser consciente de manera duradera. Lo característico, más bien, es que el estado de la conciencia pase con rapidez; la representación ahora consciente no lo es más en el momento que sigue, solo que puede volver a serlo bajo ciertas condiciones que se producen con facilidad. Entretanto, ella era... no sabemos qué; podemos decir que estuvo latente, y por tal entendemos que en todo momento fue susceptible de conciencia. También damos una descripción correcta si decimos que ha sido inconsciente. Eso "inconsciente" coincide, entonces, con "latente-susceptible de conciencia". Los filósofos nos objetarán, sin duda: "No, el término 'inconsciente' es enteramente inaplicable aquí; la representación no era nada psíquico mientras se encontraba en el estado de latencia". Si ya en este lugar los contradijésemos, caeríamos en una disputa verbal con la que no ganaríamos nada. (Freud 1993 15-16).

Como se observa, Freud postula un puente ("latente susceptible de conciencia") entre lo consciente y lo inconsciente con el fin de establecer un nexo con lo empíricamente verificable, es decir, "la representación". Resulta interesante su anticipada reacción frente al cuestionamiento de "los filósofos", toda vez que en tal reacción se puede hallar embrionariamente la crítica –hecha por Baudrillard, como se verá– de que la noción del inconsciente no es sino la emanación o la invención del presupuesto mental, o sea, del consciente mismo.

7. LA RESPUESTA DE BAUDRILLARD A FREUD: EL "INCONSCIENTE" SOCIAL

La relación que con el psicoanálisis freudiano guarda la obra de Jean Baudrillard, si bien fundamental, es menos directa. A diferencia de su interés en Ferdinand de Saussure y en Karl Marx, Jean Baudrillard no se propuso leer de manera vehemente el psicoanálisis como sistema de referencias al grado de intentar "psicoanalizar los fenómenos históricos y sociales", sino que se propuso establecer una serie de correspondencias disciplinarias para acuñar, a partir de las categorías psicoanalíticas de Sigmund Freud y Jacques Lacan, nociones que explicaran la dinámica psíquica en el proceso de occidental capitalista.

No obstante, según Baudrillard, con el análisis de Freud se habrían de deducir en la lógica social ciertas pulsiones como síntomas de los efectos signícos del sistema actual de producción y de consumo. El uso que se hace de Freud no consiste solo en la descripción fenoménica a partir de las categorías psicoanalíticas, sino el de una extrapolación del método indagatorio del psicoanálisis, al señalar:

Basándose en hechos nimios, Freud ha llegado muy lejos en la exploración psicológica. Pero las perspectivas fantásticas que abren no han rozado siquiera aún la antropología general, la 'ciencia' económica o las 'ciencias humanas'. Circunscritas en la psicología 'de las profundidades' ("cada cual tiene su inconsciente, es asunto suyo"), donde el propio psicoanálisis ha contribuido a mantenerlas, estas anomalías no tienen, como por milagro, equivalente en la práctica social o política, en la cual reina en cuanto a lo esencial una racionalidad "indefectible". Esta indefectibilidad de los postulados generales sobre el hombre, en materia económica, social y política, es la que hay que interrogarla bajo el signo del *desaliento*." (Baudrillard 1974 252).

Tal enfoque teórico es también observable en la figura y obra de Erich Fromm, uno de los miembros asociados a la llamada escuela neomarxista teoría crítica o Escuela de Frankfurt. En

Psicoanálisis de la sociedad contemporánea (1955), Fromm plantea una especie de aplicación marxista de nociones freudianas con el fin de describir y explicar algunos fenómenos vinculados al sistema de producción y estilo de vida en el mundo capitalistas. Otro miembro de dicha escuela, Herbert Marcuse, acude al concepto de sublimación (fundamental en Freud) y, a la luz de las nuevas condiciones de la lógica de consumo y la liberalización de los placeres e “instintos” a mediados del siglo XX, acuña, en *El hombre unidimensional* (1954), cierta reactualización de la noción freudiana: la *desublimación represiva*. Esta es, para Marcus, la estrategia del orden actual, el del capital, para controlar y desmontar la conciencia del sujeto y, así, controlar los efectos de una posible revolución que liberaría a un tiempo las fuerzas de la “libido” y las “fuerzas productivas”. En Baudrillard, sin embargo, tal desublimación no es represiva, sino meramente *dirigida* (Baudrillard 1974 83), es decir, construida desde el sistema de valor de cambio que halla, en la libido del consumo, su coronación como construcción inherente y total del sujeto dentro de la ineludible economía política.

Jean Baudrillard pretende abordar las dinámicas sociales a partir de ciertas categorías psicoanalíticas que expliquen el funcionamiento mercantil y de producción cultural, con el fin de superar el enfoque meramente económico, tan caro en el marxismo y en el materialismo histórico.

Tenemos, pues, que en *El sistema de los objetos* Baudrillard plantea cómo el sujeto queda –en medio de la dimensión tecnológica y la mercantilización– abstraído y descentrado. Este descentramiento o elemento *inesencial* se relaciona con la visión freudiana de la ausencia de un sujeto único, trascendente y centro de todo sentido. Si para Freud el yo es una ilusión generada por la integración del superego y el ello (o inconsciente), por lo tanto los objetos y su dinámica funcional y tecnológica no hacen sino cumplir de modo indirecto las pulsiones del sujeto. No es, sin embargo, un aspecto de carácter subjetivo o puramente psíquico, pues, según Baudrillard, “el proceso tecnológico es el de la evolución estructural objetiva” (Baudrillard 1969 3).

Al aplicar conceptos freudianos como el narcisismo, Jean Baudrillard subsume de manera subrepticia un cierto acercamiento al consumo de los objetos en la vida cotidiana en lo que denomina la *psicosociología*, que no es sino la lógica que dirige los modelos, las series, los tipos y las formas de personalización de las compras según el *standing*. La posesión del automóvil, por ejemplo,

como todo objeto funcional mecánico, el automóvil es ante todo (y para todos, hombres, mujeres, niños) vivido como falo, como objeto de manipulación, de cuidados, de fascinación. Proyección fálica y narcisista a la vez, poderío pasmado por su propia imagen a partir del principio del inconsciente” (Baudrillard 1969 79).

Asimismo, Baudrillard postula que, a partir de la técnica, la disposición automatista y la robótica, es como los sujetos padecen, modifican sus obsesiones y viven sus proyecciones. Y no es, sin embargo, un fenómeno individual de implicaciones universales a la manera freudiana, sino un acontecimiento programado desde el mercado como forma sistémica y de una forma ya inextricable con la cultura. Cuando el sociólogo francés se refiere a aspectos como el de la sexualidad, ligados directamente con el psicoanálisis de Freud, aquel aduce un “valor erótico” del automóvil de manera que este [el erotismo del automóvil] “no es el de un acercamiento sexual activo, sino el pasivo de una seducción narcisista de cada uno de los miembros de la pareja y de una comunión narcisista en el mismo objeto” (Baudrillard 1968 78). La vida conyugal, marital, familiar, microsocioal, estaría, según esta lógica, en función directa del consumo de los objetos como un patrimonio tan mental como material, en una dinámica fundamentalmente inconsciente.

Al respecto del narcisismo, Freud establece que este “no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis todo ser vivo” (Freud 1993 71-72). En el caso de Freud, esto es autoconservación natural, pero en el caso del sociólogo francés, el narcisismo sistémico asociado al consumo de objetos “útiles” de la vida moderna se constituye como la cristalización de un deseo. Es más bien un deseo no perverso, o sea, completamente lógico y en concordancia con el sistema

de vida actual. La autoconservación baudrillardiana estaría orientada a señalar cómo las pautas del consumo de los objetos —“funcionales” o suntuarios— no hacen sino perpetuar el orden tecnológico, de producción capitalista, de un modo lógico y en concordancia total con el sistema. Nada esencialmente distinto a lo ya implicado en Marx y en el marxismo tradicional, excepto por la idea de que el sistema de producción y de consumo de objetos sería también de orden libidinal en Freud, aunque no en el nivel individual, y es precisamente el uso que Baudrillard hace del psicoanalista austriaco.

En un capítulo que cierra su teoría general *Critica de la economía política del signo*, Baudrillard observa en la dinámica actual una suerte de *ambivalencia* (noción por demás freudiana) acaso irresoluble entre el deseo y la “satisfacción”. “El deseo no se realiza en el fantasma del valor” (Baudrillard 1974 256) postula que una *realización* del sujeto en el consumo se halla relacionada con una cristalización de las pulsiones psíquicas a la hora de efectuar tal o cual logro o consumo, aunque dirigido sistémicamente. Lo patente, lo oculto e inconsciente freudiano de la economía política tendrían, en el consumo de objetos (fetichismo, narcisismo, ambivalencia), su correspondencia con lo latente, es decir, en la economía política misma como sistema de orden. Así, tal estado no supone necesariamente, como la sexualidad para Freud, una patología, o una perversión de las fuerzas libidinales, sino una mera redundancia del *status quo* dado, ideológicamente dispuesto por la dinámica del intercambio de mercancías donde el fetichismo de la mercancía es, ante todo, la norma y una especie de estado homeostático para la conservación del sistema de consumo.

Con el análisis de Freud, según Baudrillard, se habrían de deducir en la lógica social ciertas pulsiones como síntomas de los efectos signícos del sistema actual de producción y de consumo. Sin embargo, el uso que Baudrillard hace de Freud no consiste solo en la descripción fenoménica a partir de las categorías psicoanalíticas, sino el de una extrapolación del método indagatorio del psicoanálisis.

De este modo, el delirio egoísta, la proyección narcisista en todos los ámbitos de realización social (motor de la autoconservación) figuran aquí como elementos funcionales, toda vez que reflejan cómo, al presentarse toda la orientación objetiva, sutil y mercantil, el deseo queda suspendido y nulificado en cuanto a su “contenido”, pues la consumación significa, en tanto que tal, el fin de la producción del valor. El sujeto no sería capaz de “realizarse” por sí mismo, pues la idea de realización individual es, en sí misma, generada por el sistema mismo, a fin de cumplir tautológicamente los esquemas preestablecidos donde el sujeto se ve diluido y termina por carecer de un vínculo que haga las veces de equivalencia con su entorno. Es, pues, en una función sin sustancia, no referencial, meramente direccional y operativa.

Tal visión le sirve a Jean Baudrillard para metaforizar un saber y un discurso (el psicoanalítico freudiano) y así explicar el desarrollo de la civilización occidental a la luz de conceptualizaciones, haciendo un uso predominantemente analógico de tal discurso y, asimismo, buscar señalar los elementos semióticos y sociológicos implicados de modo inevitable.

8. CONCLUSIONES

En este ensayo se ha atendido la relación de Baudrillard con tres autores fundadores de la discursividad moderna: Ferdinand de Saussure, Karl Marx y Sigmund Freud. Más que autores, son, retomando a Foucault, *fundadores de discursividad*: la semiología, el materialismo histórico y el psicoanálisis constituirían las disciplinas representativas de tal paradigma. Estos discursos, modernos por antonomasia, se convierten, en Baudrillard, en una lectura posmoderna, la cual se constituye como una crítica paradójica, toda vez que, al incidir en los aspectos centrales de los discursos, intenta desestabilizar los principios en que estos se fundan.

Específicamente, en lo que se refiere a Ferdinand de Saussure, la crítica baudrillardiana pasa por la filosofía del lenguaje: de un modo dual entre significante y significado, Baudrillard

apela a cierta noción de unicidad o de relación motivada en estos dos elementos. En cuanto a la relación de Baudrillard con el pensamiento de Karl Marx, notamos cómo aquel cuestiona la noción de ideología y su visión antropológica. Asimismo, se ha puesto énfasis en la transición de los conceptos económicos de valor de uso y valor de cambio (utilizados por Marx) para señalar la transición al valor signo de Baudrillard. En cuanto a la lectura del psicoanálisis freudiano por parte de Baudrillard, se ha descrito cómo Baudrillard utiliza nociones freudianas con fines sociológicos para entretejer una lógica de las pulsiones psíquicas planteadas desde el ámbito social, en específico desde el mercantilismo y el consumo y, además, se ha explicado cómo la lógica de lo latente y lo patente se halla implicada en la constitución del sujeto.

La crítica de Jean Baudrillard, aquí vinculada a lo sociológico, se convierte en transdisciplinar, toda vez que realiza un rastreo del supuesto en que se basa tal o cual discurso de saber para contraponerlo con una compleja perspectiva escéptica de lo real, connotando de este modo una lectura paradójicamente nihilista.

Como se ha observado, en el discurso de Baudrillard, el marxismo escapa al mismo Marx; la lingüística estructuralista, a Saussure; y el psicoanálisis, a Freud. De este modo, la tríada de estos discursos pertenece a un orden social, el de la modernidad, y hay en ellos cierta presunción científica, es decir, de ciencia a la manera moderna.

Como síntoma de una cierta desestabilización denominada como posmodernidad en el pensamiento de Baudrillard, la racionalidad moderna implicada en Marx, Saussure y Freud, estaría, debido a sus pretensiones, más cerca de la visión analítica que de la interpretativa. En otros términos, la intención de estos autores es la de hacer una contribución a la ciencia con métodos tan presumiblemente válidos como los de las ciencias empíricas, y no tanto una labor donde el sujeto interpreta “libremente” tal o cual fenómeno, sea el del lenguaje, la economía o el psiquismo. No es solo un discurso de saber que intenta deducir, inducir, establecer analogías, en fin, todo ese tipo de razonamientos, sino, en el mundo occidental, el discurso de saber por definición. Esa es la legitimación a través de la cual la racionalidad moderna pretende constituir su carácter científico.

En este marco, la obra baudrillardiana funge de elemento crítico que se ubica radicalmente en la condición posmoderna que, al decir de Francois Lyotard, es un nuevo paradigma que consistiría en “pensar sin moldes ni criterios” (Lyotard, 1985) y es precisamente esa la tentativa de Baudrillard. Al intentar hacer una descripción y un análisis semióticos de las sociedades occidentales en el capitalismo avanzado, Baudrillard nos otorga una interpretación sumaria de los fenómenos, realizando a la vez una crítica radical de autores que han sido paradigmáticos en la modernidad y con lo que se vislumbra provisionalmente un discurso de saber sociológica y epistemológicamente inestable.

Cabe afirmar que el propósito de este trabajo no fue hacer un cuestionamiento de la validez de la crítica baudrillardiana, sino tan solo exponer de qué modo se comporta esta que, huelga decir, no está exenta de cuestionamientos como muestra una amplia bibliografía al respecto: Kellner, Kroker, Terrail, etcétera. Asimismo, cabe afirmar que la crítica baudrillardiana, tan radical como sugerente, no constituye, en modo alguno, una descalificación total de los autores revisados, sino que, paradójicamente (y como se plantea en la noción de fundadores de discursividad según Michael Foucault) tal crítica supone una evolución lógica de los aportes de los mismos y un status “posmoderno”, que es como se ha denominado precisamente a este tipo de discurso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, Luis Enrique. “Estudio introductorio: la dictadura del signo o la sociología del consumo del primer Baudrillard”, en Jean Baudrillard, *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. México: Siglo XXI, 2007. 15-60.
- Barthes, Roland. *El sistema de la moda y otros escritos*, Barcelona: Paidós. Traducción de Carles Roche. 2003.

- Baudrillard, Jean. *El intercambio imposible*, Madrid: Cátedra. Traducción de Alicia Martorell. 1999.
- ————. *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas: Monte Ávila. Traducción de Carmen Rada. 1980.
- ————. *Crítica de la economía política del signo*, México D.F.: Siglo XXI. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. 1974.
- ————. *El sistema de los objetos*, México D.F.: Siglo XXI. Traducción de Francisco González Aramburu. 1969.
- ————. *Olvidar a Foucault*, Valencia: Pre-textos. Traducción de José Vázquez. 1999.
- Boncenne, Pierre. “Un pensador viral y metaléptico. Una entrevista con Jean Baudrillard”, *El Universal*. 11 marzo 2007: 5-7.
- Bravo, Francisco. “Verdad y teorías del lenguaje en el Crátilo de Platón”, *Revista de Filosofía*, 46 (2008): 67-77.
- Calvo, José Luis Calvo. *Crátilo*. Traducción, introducción y notas. Madrid: Gredos, 1983.
- Clarke B. David, Doel, Marcus A y otros (eds.). *Baudrillard. Fatal theories*, Londres: Routledge. 2009.
- Foucault, Michel. “¿Qué es un autor?”, *Littoral* 9 (1983): 51-82. Traducción de Corina Yturbe. 1983.
- Freud, Sigmund. *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu Editores. Traducción de José L. Etcheverry. 1993.
- ————. “Introducción del narcisismo.” *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1993.
- ————. “El yo y el ello”. *Obras completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1993.
- Kellner, Douglas. *Jean Baudrillard: From Marxism to Postmodernism and Beyond*. Stanford: Stanford University Press. 1990.
- Kroker, Arthur y Charles Levin. “Cynical power: The fetishism of the sign”, *Canadian Journal of Political and Social Theory* 15 (2001):123-187.
- Lyotard, Francois. *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra. Traducción de Mariano Antolín Rato. 1987.
- ————. “El posmodernismo es acostumbrarse a pensar sin moldes ni criterios”, *El País*. 22 octubre 1985.
- Marx, Karl. *El Capital. Tomo I*. México D.F.: Siglo XXI. Traducción de Pedro Scaron. 1975.
- ————. *Contribución a la crítica de la economía política*, Moscú: Progreso. Traducción de Marat Kuznetsov. 1989.
- ————. “Crítica del programa de Gothan” en *Marx. Textos selectos*, Madrid, Gredos, pp. 651-675. Traducción de Gustau Muñoz. 2012.
- Pipó, Joan. *Estudio sobre Jean Baudrillard. Establecimiento de una diacronía de los signos en su obra*, tesina de licenciatura, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación: Universidad de Barcelona. 1985.
- Polaino-Lorente, Aquilino y Martínez Cano, P. “Historia de la psicología y los movimientos psicológicos”. *Psicología médica*, ed. A. Seva Díaz. Zaragoza: INO Reproducciones. 1994. 37-56.
- Puig Peñalosa, Xavier. *La crisis de la representación en la era postmoderna: El caso de Jean Baudrillard*, Quito: Abya-Yala. 2000.
- Santamaría, Ulysses. 1981. “Las teorías de Jean Baudrillard”, *Revista de Occidente* 6 (1981): 5-32.
- Vaskes Sanches, Irina. “La transestética de Baudrillard: simulacro y arte en la época de la simulación total”, *Estudios de filosofía* 38 (2008): 197-219.